

SEGUNDO DOMINGO DESPUES

DE PASCUA.

A primera vista se pensaria que la Iglesia, en la eleccion del evangelio de este domingo, no tuvo presente el fin que se propuso en todos los evangelios del tiempo pascual, cual es, segun otras veces hemos dicho, conservar en sus hijos la gracia que recibieron en la Cuaresma por medio del sacramento de la Penitencia, por quanto hace leer un evangelio que parece no tiene conexion alguna con dicho objeto. Sin embargo, si se considera con un poco de detencion, se echa de ver que pocos evangelios serian mas conducentes á la consecucion de este fin que el que hoy se lee, y que en su eleccion la Iglesia no pudo mostrarse ni mas prudente ni mas sábia. ¿Qué cosa mas conducente á la conservacion de la gracia, que inspirar á los fieles un tierno amor hácia la persona sagrada de Jesucristo? Pues esto se consigue con el evangelio de hoy, en el que, bajo el título de buen Pastor, el mismo Jesucristo nos descubre su carácter amabilísimo, y nos muestra el derecho incontestable que tiene á los sentimientos mas tiernos de nuestro corazon. ¿Cuál cosa mas á propósito para evitar la reincidencia en la culpa, que hacer ver su enormidad y malicia, poniendo á la vista la suma bondad de Dios á quien ella directamente ataca? Pues este objeto se logra tambien con el presente evangelio, en el que brilla de un modo especial la infinita bondad de Dios, quien se digna darse á sí mismo el tiernísimo título de Pastor de nuestras almas. Para que se vea la exactitud de estas apreciaciones, daremos una prueba

práctica de ella, poniendo en seguida los dos asuntos que acabamos de indicar.

Carácter amabilísimo de Jesucristo.

Ego sum Pastor bonus. (Joan. x, 11).

La Iglesia, que despues de vuestra conversion nada teme tanto como el veros nuevamente caidos en la culpa, y nada desea con mas ardor que el veros inseparablemente unidos con Jesucristo, ha creido que no podia adoptar otro medio mejor para evitar lo uno y conseguir lo otro, que inspiraros un tiernísimo amor hácia la sagrada persona de Jesucristo mismo: porque es evidente que, si el amor de Jesucristo logra echar hondas raíces en vuestros corazones, nada habrá en este mundo que sea capaz de separaros de él, como de sí decia el apóstol san Pablo¹. Para inspiraros este amor os descubre hoy su carácter amabilísimo, ó, por mejor decirlo, os refiere las palabras con que el mismo Salvador pone de manifiesto la suma amabilidad de su carácter, diciéndonos que él es el buen Pastor de nuestras almas: *Ego sum Pastor bonus*.

¡Oh, si yo pudiera descubriros todo el fondo de amabilidad que encierra este título! ¡Oh, si me fuese dado haceros comprender todas las prendas embelesadoras que adornan á este amabilísimo Pastor! Mas, ya que esto no me sea posible, me esforzaré en predicarlas á mi modo, hablándoos de él bajo las tres principales relaciones que tiene con nosotros. Él es nuestro amigo, nuestro legislador, y nuestro salvador, y en todos tres conceptos se nos muestra amabilísimo: amabilísimo como amigo, dándonos un trato el mas dulce y bondadoso: amabilísimo como legislador, imponiéndonos una ley la mas dulce

¹ Rom. viii, 35.

y suave : amabilísimo como salvador, haciéndonos beneficios los mas grandes é inestimables. Si estas tres verdades que voy á exponer, no logran que cobreis un entrañable amor á la sagrada persona de Jesucristo, no sé otras que puedan conseguirlo.

Para daros una idea del carácter amabilísimo de Jesucristo, me bastaria recorrer ligeramete las muestras de bondad que dió á los hombres mientras vivió con ellos en este mundo, los milagros que hizo á favor de los desgraciados, la caridad con que trataba á los pobres, la paciencia con que instruia á los ignorantes, la mansedumbre con que corregia á los díscolos, la dulzura con que hablaba á los enemigos, el cariño con que catequizaba á los niños, el trato cortés, benigno y amigable que daba á todos. ¡Ah! era de un corazon tan tierno y caritativo, que no sabia presenciar una necesidad sin que al punto tratase de remediarla : no podia ver llorar á una persona sin que al instante procurase enjugar sus lágrimas. Mirad como, viendo la afliccion de Magdalena y Marta por la muerte de su hermanito Lázaro, al punto se encamina al lugar donde está enterrado, le hace levantar de la tumba, y se lo devuelve resucitado y vivo¹. Mirad como, encontrando por el camino á una pobre viuda que acompañaba al sepulcro al hijo único que tenia, al momento hace parar el féretro, alarga la mano al jóven, y lo entrega sano á la desconsolada madre². Mirad como por doquiera que pasa va dando vista á los ciegos, oido á los sordos, palabra á los mudos, haciendo bien á todo el mundo, y dejando en todas partes las señales de su beneficencia, como se dice en los Hechos de los Apóstoles : *Pertransiit benefaciendo, et sanando omnes*³.

¹ Joan. xi, 43. — ² Luc. vii, 16. — ³ Act. x, 38.

Pero lo que sobre todo quiero mireis es la dulzura, la amabilidad, el cariño con que trata á los pecadores. ¡Oh! es para con ellos tan fino y amante, que no sabe decirles sino palabras de consuelo y de perdon. A ninguno sonroja, por mas culpable que sea : á ninguno hace bajar la cara, aunque sea reo de los mas feos delitos. De su bendita boca no salen otras palabras que estas : Hijo, tus pecados te son perdonados, anda en paz : *Remittuntur tibi peccata tua : vade in pace*. Entra un cierto dia en el templo, y un pecador levanta la voz, y le dice : Jesús, compadeceos de mí. ¿Y qué le contesta el buen Salvador? Ya estás perdonado, le dice, anda en paz : *Vade in pace*. Pasa otro dia por extramuros de Jerusalem, y ve á una mujer adúltera que está próxima á morir apedreada. ¿Y qué le dice? La pena que vas á sufrir, le dice, manifiesta bien la gravedad del delito que has cometido ; pero ya quedas perdonada del todo, véte tranquila á tu casa : *Vade in pace*. Come otro dia en casa de un noble fariseo, y en medio del convite va á arrojarse á sus piés la pecadora mas descocada que habia en Jerusalem. ¿Y qué le dice? Tus pecados, le dice, aunque muchos y muy graves, quedan perdonados todos ; vuélvete en paz : *Vade in pace*.

No quiero aducir mas hechos : baste decir en general, que los fariseos, viendo la gran propension que tenia á tratar amigablemente con los pecadores y publicanos, se escandalizaron de él, y preguntaron á sus discípulos : ¿Cómo es que vuestro Maestro habla, trata y come con los publicanos y pecadores? *Quare cum publicanis et peccatoribus manducat Magister vester*¹? A esta bondad del corazon añadid, cristianos, aquella hermosura del rostro que, segun el real Profeta, era la mas embelesadora que jamás se hubiese visto entre los hombres :

¹ Matth. ix, 11.

*Speciosus forma præ filiis hominum*¹: á esta hermosura del rostro añadid aquella dulzura de palabras, que hacia que los pueblos se desterrasen para oírle predicar: á esta dulzura de palabra añadid aquel trato amable y embelesador, que obligaba á las turbas á seguirle hasta en los mas recónditos desiertos; y decidme luego si puede haber una persona mas amable que Jesucristo, si puede haber quien tenga mas títulos que él para ser amado de nosotros.

¿Y qué diré del modo atento con que nos propone la observancia de sus leyes? Él es nuestro Dios y nuestro Redentor, y en ambos conceptos pudiera hablarnos en tono muy alto, mandándonos la observancia de su ley en términos los mas duros y severos. Pero ¿lo hace así? No, antes usa de fórmulas tan modestas, que mas parece un súbdito que pide favores, que un soberano que dicta leyes. Mirad cómo comienza el código de su legislacion: *Qui vult venire post me*: quien quiera venir conmigo, venga: quien quiera seguirme, sígame: quien quiera ser discípulo mio, séalo: *Qui vult*. Yo á todos llamo, á todos admito, á todos abrazo, pero no violento á nadie; porque, como todos los que me sigan habrán de llevar su cruz, quiero que la abracen de buen grado, y por su propia eleccion.

Habla en seguida á sus Apóstoles, y les dice: Id, mis caros discípulos, id á anunciar mi ley por todo el mundo: excitad á todos los hombres á entrar en mi servicio: *Prædicate Evangelium omni creaturæ*. Decidles que yo soy su Dios, su Redentor y su Padre; que tengo la plenitud de poder en el cielo y en la tierra, y que á mí están sujetas todas las cosas, así visibles como invisibles. *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra*. Advertidles que no debe espantarles la cruz que he dicho habrán de llevar, porque la encontrarán mas ligera de

¹ Psalm. XLIV, 3.

lo que piensan; que no teman doblarse al yugo de mi ley, porque es un yugo dulce, suave y muy llevadero: *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve*. Aseguradles, que si entran á servirme, no tendrán por que quejarse de mí; pues en esta vida les daré el ciento por uno, y en la otra recibirán la vida eterna: *Centuplum accipient, et vitam æternam possidebunt*.—¿Cabén, cristianos, expresiones mas atentas y amables? ¿Es este el tono que emplean los legisladores humanos?

Y al fin ¿qué ley es esa que nos impone? ¡Ah! es una ley sencilla que comprende muy pocos preceptos, es una ley santa que santifica á los que la guardan, es una ley útil que solo nos manda lo que puede hacernos felices, y solo nos prohíbe lo que pudiera hacernos daño.

Sé, y no trató de ocultarlo, que esta ley contiene algunos puntos un tanto difíciles de cumplir; pero sé tambien que nuestro amabilísimo Legislador ha procurado suavizarlos con su ejemplo y con su gracia. Jesucristo ha hecho con nosotros lo que hizo Moisés con los hijos de Israel, cuando se vieron en la perentoria necesidad de pasar el mar Rojo. Viendo que nadie se atrevia á entrar en aquel profundo abismo que la mano de Dios habia abierto en medio de las olas, ¿qué hizo el intrépido caudillo? Entró él el primero, anduvo solo una parte del camino, y volviéndose luego á la muchedumbre, que atónita le estaba contemplando desde la playa, gritó: ¡Eh! el que no me siga, es un cobarde. No bien hubo pronunciado estas mágicas palabras, cuando todo el pueblo, deponiendo todo miedo y vacilacion, entró animoso por entre las olas, siguiendo el ejemplo de su valeroso conductor.

Lo propio ha hecho Jesucristo con nosotros. Conociendo que habíamos de hallar dificultad en cumplir algunos puntos de su ley, ¿qué ha hecho? Los ha practicado primero, llevando antes que nosotros el yugo que nos impone. ¿Nos manda llevar

la cruz? Él nos va adelante. ¿Nos obliga á mortificar la carne? Él la mortifica primero. ¿Nos prescribe la pobreza? Él la practica en toda su perfeccion. ¿Nos precisa á perdonar al enemigo? Él ruega por los que le crucifican. ¿Puede haber un legislador mas benigno? ¿Seria posible imaginar un carácter mas amable?

Pero lo que mas que ninguna otra cosa patentiza su condicion amabilísima, son los bienes inestimables que como Salvador nos ha hecho. Examinemos todos los bienes que poseemos, tanto en el orden natural como en el de la gracia, y no encontraremos uno solo que no nos haya venido por medio de Nuestro Señor Jesucristo, como asegura san Pablo: *Omnia per ipsum*¹. De sus benditas manos nos vienen la benignidad de las estaciones, la fertilidad de los campos, la oportunidad de las lluvias, la salud, la paz, y la vida: *Omnia per ipsum*. A él debemos los misterios adorables de nuestra Religion, las Escrituras que nos instruyen, los Sacramentos que nos santifican, la predicacion que nos corrige, la gracia, las virtudes, y mil otros bienes que nosotros mismos no conocemos: *Omnia per ipsum*. Si el Padre celestial nos mira con ojos benignos, es por amor de él: si nos perdona los pecados, es en obsequio suyo: si nos libra del infierno, es por atencion á sus méritos: si nos admite en el cielo, es por respeto á su santísimo nombre. Notad la expresion que acabo de pronunciar, porque tiene mucho peso en nuestro asunto.

Dios tiene varios nombres, y todos muy santos y adorables. Llámase *Adonai*, esto es, santo: *Jehová*, esto es, eterno: *Tetragrammaton*, esto es, ser de los seres: llámase Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: Dios fuerte, Dios de los ejércitos, Dios de las batallas. Pero en ninguno de estos nombres nos es

¹ Coloss. I, 16.

dato salvarnos, sino solo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, como nos advierte san Pedro: *Nec enim aliud nomen est sub cælo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri*¹. Bien lo experimentaron, y muy á pesar suyo, los Santos de la antigua ley. Como ya sabeis, el cielo estaba cerrado desde el pecado de Adan, y los Ángeles tenían orden de no abrirlo á nadie, que no llevase por consigna el nombre adorable de Jesucristo. Iban, pues, los santos Patriarcas, despues de su muerte, á llamar á sus puertas, suplicando á los que estaban dentro, les franqueasen la entrada. ¿Qué nombre llevais por consigna? Decian estos.—Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob.—Atrás, contestaban los centinelas, que no reconocemos esa consigna. Iban tambien los santos Profetas, haciendo la misma súplica. Santo y seña, decian los de dentro.—*Adonai, Eloim, Jehová*.—Atrás, que no es esa la consigna que tenemos. Iban igualmente los santos reyes, príncipes y conductores de ejércitos, pidiendo la misma gracia. Dad el nombre, decian los Ángeles.—*Mirabilis, Deus fortis, Deus exercituum*.—Atrás, que por esos nombres no se abre la puerta á nadie.

Llega en fin la plenitud de los tiempos: Jesucristo, vencedor de la muerte y del pecado, sube al cielo, llevando en pos de sí un sinnúmero de almas justas redimidas con su sangre. ¿En nombre de quien se solicita la entrada? preguntan los Ángeles.—*In nomine Jesu*, en nombre de Jesús.—¡Oh! contestan, *In nomine Jesu omne genuflectatur*, al nombre de Jesús póstrense los cielos, ábranse sus puertas de par en par, y recíbase en triunfo á los que solicitan entrar en virtud de tan bendito nombre: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Este es el nombre adorable que por tanto tiempo hemos esperado, esta

¹ Act. IV, 12.